

BOLETÍN



OFICIAL

DEL

OBISPADO DE BADAJOZ

SUMARIO: Circular de S. E. I. sobre Altar Privilegiado.— Id. sobre el Santo Rosario.—Carta Encíclica de S. S. sobre la Santísima Eucaristía.—Felicitaciones á nuestro Excmo. Prelado.—Peregrinación á Roma.—Exposición Diocesana.—Sentencia importante.—Necrología.

CIRCULARES**I.—Sobre Altar Privilegiado.**

Terminado el tiempo por el que, en uso de las facultades Apostólicas extraordinarias, que Nos fueron concedidas por nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, tuvimos á bien designar un altar privilegiado en cada Iglesia Parroquial de este nuestro Obispado, hemos recurrido á la Santa Sede en súplica de la misma gracia, la cual Nos ha sido otorgada benignamente.

En uso, pues, de las facultades Apostólicas extraordinarias, que acabamos de obtener del Soberano Pontífice, á fin de que toda alma, por la cual se celebre una Misa en dicho altar privilegiado por cualquier sacerdote regular ó secular, quede libre de las penas del Purgatorio, en virtud de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, de la Bienaventurada Virgen María y de todos los Santos, *si ita Deo placuerit*, deseando que nuestros ama-

dos hijos en el Señor puedan aprovecharse de tan singular favor, hemos tenido á bien designar y designamos el Altar Mayor de cada una de las Parroquias de esta nuestra Diócesis como *privilegiado* para los mencionados efectos.

Encargamos á los Sres. Curas que lean al pueblo esta Circular al ofertorio de la misa conventual del primer dia festivo subsiguiente á su recibo, explicando con claridad la importancia de esta gracia; y que fijen en el dicho Altar Mayor, ora sobre tabla convenientemente adornada, ora sobre algún plano del mismo, de modo que pueda con facilidad ser vista por todos, la siguiente inscripción: ALTAR PRIVILEGIADO.

Badajoz 12 de Septiembre de 1902.

† EL OBISPO.

* * *

II.—Sobre el Santo Rosario.

Aproximándose el mes de Octubre, recordamos á los Sres. Curas, Encargados de Parroquias y de Comunidades Religiosas, cuanto tenemos ordenado sobre el Santo Rosario, á fin de que procuren el más exacto cumplimiento de las citadas disposiciones.

Badajoz 12 de Septiembre de 1902.

† EL OBISPO.

◆

CARTA ENCICLICA

de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII.

SOBRE LA SANTÍSIMA EUCHARISTÍA.

(Conclusión.)

Lejos, pues, el pernicioso error común por el cual se cree que el uso de la Eucaristía debe dejarse solamente á aquellas personas piadosas que, libres de cuidados y de ánimo

apocado, gustan darse del todo á la vida devota; pues hay que tener en cuenta que siendo aquella, entre todas las cosas, la más excelente y saludable, para todos es, sin distinción de condiciones y oficios; y de ahí que sea para todos cuantos quieran (y no hay quien no deba quererlo) alimentar en sí la vida de la divina gracia, cuyo término es el goce con Dios de la vida bienaventurada.

Pluguiese á Dios que pensasen rectamente y se cuidaran de la vida eterna aquellos en particular, que, ó por su ingenio, ó por su industria, ó por su autoridad, tanto influyen en la dirección de los asuntos temporales y terrenos. Pero en vez de ser así, nos vemos obligados á presenciar y deplorar que muchos se glorian de haber dado al siglo vida nueva y feliz, porque lo impulsan á lanzarse ardientemente á la conquista de todas las comodidades y de todas las maravillas; al paso que, donde quiera que se vuelva los ojos aparece la humana sociedad huyendo de Dios, y en vez de gozar de la ansiada tranquilidad, sufre y tiembla como el enfermo combatido por ardiente calentura. Mientras va con ansia en busca de la prosperidad y en ella sola confía, se ve á ésta huir más y más, y á aquella correr inutilmente en pos de una sombra que se desvanece. Y es que los hombres y la sociedad como son necesariamente de Dios, no pueden vivir, moverse y hacer bien alguno sino en Dios por medio de Jesucristo, del cual derivó siempre y deriva ahora cuanto hay de bueno y selecto.

Pero de estos bienes, es sobre todo manantial y cabeza la augusta Eucaristía, la cual así como nutre y sustenta aquella vida que tanto se estimula con el deseo de recibirla, así acrecienta inmensamente la dignidad humana, que tan sublimes bienes recoge en la sagrada Mesa. Y en verdad, ¿hay algo más grande y más apetecible que llegar á ser, en cuanto es dable, partícipe y consorte de la naturaleza divina? Pues esto hace en nosotros Jesucristo de un modo singular en la divina Eucaristía, en la cual toma al hombre; ya por la gracia sublimado á las cosas divinas, y con Él más íntimamente lo une y asimila. Nótese aquí la diferencia entre la comida del cuerpo y la del alma; aquella se asimila á nosotros, ésta nos asimila á Él; y de ahí que San Agustín ponga en labios del mismo Cristo estas palabras: *No me convertirás en tí como lo haces con el alimento de tu carne, sino que tú en persona te convertirás en mí* (1).

(1) Conf. I. VII. C. X.

De este excelentísimo Sacramento, en el cual especialmente se manifiesta la manera como los hombres llegan á unirse con la naturaleza divina, sacan el magnífico vuelo que toman en todo género de virtudes sobrenaturales. En primer lugar, en la fé. En todo tiempo tuvo la fé impugnadores, porque si bien con el conocimiento de excelentísimas cosas eleva la humana inteligencia, con todo, parece deprimirla en el hecho de mantener oculta la íntima cualidad de aquello que mostró ser sobrenatural. En tiempos pasados se impugnaba ya éste, ya aquel artículo de fé, pero en los modernos la guerra se ha desarrollado en campo harto más vasto, y á tal extremo hemos llegado, que ya nada absolutamente se admite de cuanto está sobre la naturaleza. Pues bien, para restaurar el vigor y el fervor de la fé en los ánimos, nada hay tan apropiado como el misterio eucarístico, llamado por excelencia *misterio de fé*, por hallarse en él comprendidas con singular abundancia y variedad de milagros, todas las cosas sobrenaturales: *El Señor que es benigno y misericordioso, ha dejado un memorial de sus maravillas; ha dado una comida á los que le temen* (1). Porque si todo cuanto hizo Dios de sobrenatural lo refirió á la Encarnación del Verbo por el cual debia ser reparada la salud del género humano, según esta sentencia del Apóstol: *Determinó... restaurar en Cristo todas las cosas, tanto las que hay en el cielo como las que están sobre la tierra.* (2); la Eucaristia, según enseñan los Santos Padres, debe mirarse como una cierta continuación y ampliación de la Encarnación. Tanto es así, cuanto por aquella, la sustancia del Verbo Encarnado se une con los hombres y se renueva, por modo admirable el supremo sacrificio del Gólgota, como lo predijo Malaquías: *En todo lugar se sacrifica y se ofrece á mi nombre una oblación pura* (3). Este milagro, máximo en su género, vá acompañado de otros sin número; porque en él todas las leyes de la naturaleza quedan en suspenso. Toda la sustancia del pan y del vino se convierte en el cuerpo y en la Sangre de Cristo; las especies del pan y del vino, sin apoyo de cosa alguna, se conservan por la divina virtud: el cuerpo de Cristo está al mismo tiempo en tantos lugares, en cuantos simultaneamente se halla el sacramento. Y á fin de que sea más intenso el obsequio de la razón humana hacia

(1) Ps. CX, 4, 5.

(2) Eph. I, 9, 10.

(3) Malach. I, 11.

el gran misterio, vienen como en ayuda los prodigios, obrados á gloria del mismo, no sólo en los tiempos antiguos sino tambien en los nuestros; prodigios de los cuales en muchos lugares se conservan públicos é insignes monumentos. En este sacramento pués vemos que se alimenta la fé, se nutre la mente, se desvanecen las argucias de los racionalistas y se ilustra sobremanera el orden sobrenatural.

Pero al decaimiento de la fé en las cosas divinas contribuye mucho, no sólo la soberbia, como hemos dicho, sino tambien la depravación del ánimo. De aquí que resulte de ordinario que cuanto más morigerado es uno, tanto más despierto sea de entendimiento; porque si los placeres del cuerpo ofuscan la mente, según comprendió la misma pagana prudencia y lo advirtió antes la divina sabiduría, con mayor razón aún la voluptuosidad de los sentidos oscurece la luz de la fé, y, aun por justo castigo de Dios, la extingue totalmente. Una concupiscencia insaciable devora hoy al mundo y una enfermedad casi contagiosa se apodera de todos aun desde la más tierna edad. Mas en la sagrada Eucaristía se encuentra siempre remedio á este gravísimo mal. Porque primeramente, con el aumento de la caridad se refrena la liviandad, según dice San Agustín: *El alimento de ella (la caridad) es la disminución de las pasiones; la extinción de éstas es la perfección* (1) Además, la carne castísima de Jesucristo reprime la insolencia de la nuestra, según espresa Cirilo de Alejandria: *Cristo morando en nosotros mata la ley que enardece nuestros miembros* (2). Es tambien un singular y gratisimo fruto de la Eucaristía el que se halla significado en esta sentencia profética: *Su bondad y su hermosura (de Cristo) ¿qué es sino el trigo de los elegidos y el vino de las vírgenes?* (3), esto es, el fuerte y constante propósito de la sagrada virginidad, el cual, aun en medio de un mundo entregado á la molicie florece cada día más potente y esplendoroso en la Iglesia católica, hasta el punto de que no hay quien no vea las ventajas y el decoro de la religión y de la misma convivencia humana.

Además con este admirable sacramento se acrecienta la esperanza de los bienes inmortales y la confianza en el divino auxilio. Porque el deseo de la bienaventuranza, que en todos los ánimos es connatural é innato, por la falacia de los bienes terrenos, por la injusta violencia de los malvados y

(1) *De diversis quaest.* LXXXIII, *quaest.* XXXVI

(2) Lib. IV, C. 2, in Joan., VI, 57.

(3) Zac. IX, 17.

por todas las otras molestias del alma y del cuerpo, se va aguzando cada vez más. Ahora bien, el augusto sacramento de la Eucaristía es justamente causa y prenda de la bienaventuranza y de la gloria, y no sólo para el alma, sino también para el cuerpo; porque á la vez que enriquece las almas con la abundancia de celestes bienes, las colma también de suavísimos goces que sobrepujan con mucho á toda humana estimación y esperanza; en la adversidad sustenta, en la lucha por la virtud fortifica, guía á la vida eterna, á la que conduce sirviéndonos como de viático. Del mismo modo en el cuerpo caduco y deleznable engendra la futura resurrección, pues el cuerpo inmortal de Jesucristo introduce una semilla de inmortalidad que deberá germinar un día. Que ambos bienes, el del alma y el del cuerpo, provienen de la Eucaristía, lo ha enseñado en todo tiempo la Iglesia católica de conformidad con las palabras de Jesucristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día* (1).

Es aquí de oportunidad é importa mucho considerar que la Eucaristía, como instituida por Cristo como *perenne memoria de su pasión* (2), intima al cristiano la necesidad de la saludable penitencia. En efecto, Jesús dice á sus primeros discípulos: *Haced esto en memoria mía* (3), esto es, haced esto para conmemorar mis dolores, mis amarguras, mis angustias y mi muerte en cruz.

De donde se deduce que este sacramento, á la vez que sacrificio y en todos los tiempos exhortación á la penitencia y á toda otra mortificación, es juntamente grave y severa reprensión contra aquellos placeres de que los hombres impúdicos tanto blasonan: *Porque cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga* (4).

Además, si se busca la causa de los males presentes, se encontrará que proceden de que, enfriándose el amor á Dios, también la caridad entre los mismos hombres languidece. Olvidan que son hijos de Dios y hermanos en Jesucristo: cada uno mira por sí solo, no ya respetando á los demás, sino oprimiéndolos á menudo é invadiendo su campo.

(1) Joan, VI, 55.

(2) S. Tomás de Aq. *Opusc.* LVII: *Off. de festo Corp. Christi.*

(3) Luc. XXII, 19.

(4) I. Cor. XI, 26.

De aquí que entre las diversas clases de ciudadanos se produzcan frecuentes disturbios: arrogancias, dureza, latrocinios de los poderosos, miserias, odios, huelgas de las clases bajas, males para los cuales se espera en vano el remedio en la previsión de las leyes, en el temor de las penas, en los consejos de la humana prudencia. Es necesario procurar con ahinco lo que muchas veces Nós hemos repetidamente inculcado, que las clases de los ciudadanos se concilien entre sí mediante un cambio de buenos servicios que, derivados de Dios, produzcan obras informadas del verdadero espíritu de la caridad de Jesucristo.

Porque Él trajo á la tierra la caridad y de ella quiere que estén inflamadas todas las cosas, como la única que puede hacer gustar al cuerpo y al alma una bienaventuranza anticipada: porque reprime en el hombre el inmoderado amor de sí mismo y el amor á las riquezas, que son *la raíz de todos los males* (1). Si bien es justo que entre los ciudadanos se garantice el derecho de todos, también con los consejos y temperamentos sugeridos por la caridad será dado obtener que en la humana sociedad reine *aquella igualdad* (2) que recomendaba San Pablo y que en ella se conserve.

Hé aquí pues lo que quiso significar Jesucristo al instituir este augusto sacramento: excitando el amor de Dios, quiere fomentar el mútuo amor entre los hombres, porque éste, como por sí mismo es evidente, de aquel deriva y esputáneamente en él se funda; no deberá nunca faltar en ninguna parte, antes bien necesario es que se vigorice y se desenvuelva, si se fomenta la caridad de Cristo en este sacramento vinculado; pues en él, como magníficamente desplegó su poder y sabiduría, *también difundió las riquezas de su divino amor hacia los hombres* (3). Después de este insigne ejemplo de Cristo, en el cual nos ofrece todos sus dones, ¡oh, cuánto debemos amarnos y socorrernos y vivir en fraternal armonía cada vez más estrecha! Y nótese que aun los signos exteriores de este sacramento son oportunísimas excitaciones á la unión, á propósito de lo cual enseña San Cipriano: *Finalmente, aun el mismo sacrificio del Señor declara la unanimidad cristiana, unida á Él con firme é inseparable caridad. Porque cuando el Señor llama á su cuerpo pan, hecho con la unión de muchos granos, significa que nuestro pueblo, guiado por Él, es un pueblo estrechamente unido en-*

(1) I. Tim. VI, 10.

(2) II Cor, VIII, 14.

(3) Conc. Trid. Sess. XIII, *De Euchar.* cap. II.

tre sí; y cuando llama á su sangre vino, que es jugo de muchos racimos fundidos en un cuerpo, significa también que nuestra grey está compuesta de una multitud recolectada juntamente (1). Del mismo modo, el angélico Doctor, con referencia á una afirmación de San Agustín (2), dice lo siguiente: *Nuestro Señor nos dejó representados su cuerpo y sangre en aquellas cosas que mejor se funden en una; porque una de ellas, el pan, está formado de muchos granitos; y la otra, el vino, es un compuesto de muchas uvas exprimidas. Por S. eso Agustín añade: ¡Oh sacramento de piedad; oh signo de unidad, oh vínculo de caridad! (3).*

Todas estas cosas se confirman con la sentencia del Concilio Tridentino que enseña que Cristo ha dejado á la Iglesia la Eucaristía «como símbolo de aquella unidad y caridad con las cuales quiso que los cristianos estuviesen íntimamente unidos entre sí... símbolo de aquel cuerpo único del cual es Cabeza, y al cual quiso que nosotros, como miembros, estuviésemos unidos con estrechísimo vínculo de fe, de esperanza y de caridad.» (4) Esto mismo había dicho San Pablo: *Porque un pan, un cuerpo somos muchos, todos aquellos que participamos de un mismo pan.* Y es en verdad una bellísima y gratísima prueba de fraternidad cristiana é igualdad social, el correr todos juntos á los sagrados altares, el patricio con el plebeyo, el rico con el pobre, el docto con el ignorante, participando igualmente del mismo celestial convite.

Pues si con justicia en los fastos de la Iglesia naciente se consigna en su propia alabanza: *la multitud de los creyentes era un sólo corazón y un alma sólo,* (5) ciertamente aparece que este gran bien lo debían ellos á la frecuencia de la santa comunión; porque se lee de ellos: *y ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunicación del pan y en las oraciones.* (6) Además, la gracia de la mútua caridad entre los vivientes, que tanta fuerza recibe del Sacramento Eucarístico, en virtud especialmente del sacrificio, se comunica á todos aquellos que están comprendidos en la comunión de los santos ya que, como todos saben, la comunión de los santos no es otra cosa que mútua partici-

(1) Ep. 69. Ad Mag. n. 5. al 6.

(2) Tract. XXVI, in Joan. n. 13, 17.

(3) Sum. Theol. III, p. q. LXXIX. a. I.

(4) Act. IV, 32.

(5) Act. II, 42.

(6) Matth. XI. 28.

pación de auxilios de expiación, de oración y beneficios entre los fieles, ó triunfantes en la celeste mansión, ó que padecen en el fuego del Purgatorio, ó que peregrinan aún en la tierra, de todos los cuales resulta una sola ciudad que tiene á Cristo por cabeza y por forma la caridad. Sabemos también por la fe que, si bien el augusto sacrificio puede únicamente ofrecerse á Dios, también se puede celebrar en honor de los santos que reinan en el cielo con Dios, que los ha coronado, á fin de obtener su patrocinio, y aun, como sabemos por la tradición apostólica, para saldar las culpas de los hermanos que, muertos ya en el Señor, no están todavía purificados.

Así, pues, aquella sincera caridad que, para salvación y provecho de todos, todo lo hace y padece, surge y se convierte en obras por la Santísima Eucaristía, en donde está el mismo Cristo Viviente, y da rienda suelta á su amor por nosotros, y movido por un impulso de caridad divina, renueva perpetuamente su sacrificio. Así fácilmente se ve donde han tenido origen árdidas fatigas de los hombres apostólicos y de donde tantos y tan variados institutos de caridad junto con su origen sacan la fuerza, la constancia y los felices éxitos.

Las breves consideraciones que acabamos de exponer sobre materia tan amplia, no dudamos que serán utilísimas á la grey cristiana, si por medio de vosotros, Venerables Hermanos, le son oportunamente expuestas y recomendadas. Con todo, un Sacramento tan grande y tan eficaz donde quiera, jamás podrá por nadie ser alabado, ni adorado según su mérito. Bien sea que se medite sobre El, bien que devotamente se adore, bien sea también que pura y santamente se reciba. debe mirarse como centro en el que se recoge toda la vida cristiana; los restantes modos de piedad, cualesquiera que sean, todos ellos á este conducen y en él tienen fin y término. Aquel benigno llamamiento y aquella más benigna promesa de Cristo: *Venid á mí todos los que andais trabajados y cargados y yo os aliviare* (7), se verifica principalmente en este misterio, y en él se cumple todos los días. Finalmente, el es también como el alma de la Iglesia, y á él se dirige por los varios grados de las sagradas Ordenes, la amplitud de la gracia sacerdotal. De él saca y goza la Iglesia toda su virtud y gloria, todos los ornamentos de los divinos carismas, y en una palabra, todo bien. De ahí que ponga tanto cuidado en preparar y conducir los ánimos de los fieles á una íntima unión con Cristo median-

te el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, y también que con la majestad de santísimas ceremonias se esmere en aumentar la veneración que se le debe.

La perpétua providencia de la Santa Madre Iglesia en esta materia se destaca clarísima, principalmente en aquella exhortación del Concilio Tridentino, de la que emana una especial caridad y admirable piedad, digna en todo de ser aquí por Nos ofrecida en todas sus partes al pueblo cristiano: «Con paternal afecto amonesta el Santo Sínodo, exhorta, ruega y conjura por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que todos y cada uno de cuantos hacen profesión de fé cristiana, en este signo de unidad, en este vínculo de caridad, en este símbolo de concordia se unan de una vez y se pongan de acuerdo; y haciendo memoria de tanta caridad y de amor tan eximio de Nuestro Señor Jesucristo, que dió su amada alma como precio de nuestra salud, y nos ofreció su carne en comida, con tanta constancia y firmeza de fe, con tanta devoción, piedad y culto de corazón crean y adoren estos sagrado Misterios de su Cuerpo y Sangre, que puedan frecuentemente recibir aquel Pan sobresubstancial, y que esto sea para la vida del alma y perpétua santidad de la mente; y confortados con su vigor logren al concluir el camino de esta mísera peregrinación, entrar en la patria celestial, donde sin velo alguno comerán del mismo Pan de los Angeles, que ahora reciben verdaderamente» (1).

La historia por su parte nos enseña que la vida cristiana ha florecido más vigorosa en aquellos tiempos en que con más frecuencia se han acercado los fieles á este divino Sacramento; y por el contrario, es manifiesto que siempre que los hombres han hecho poco aprecio, y han mirado con fastidio este Pan celestial, paulatinamente ha venido languideciendo el vigor de la profesión cristiana. De ahí, que para que no llegara un día á extinguirse del todo, proveyó con oportunidad Inocencio III en el Concilio Lateranense, ordenando severamente que todo cristiano comulgara cuando menos por la Pascua. Es evidente que este precepto se dió con pena y como remedio extremo; porque el deseo de la Iglesia fué siempre que en todas las Misas hubiera algunos que se acercaran á participar de la divina mesa. «Desearía el sacrosanto Sínodo que en todas las Misas los fie-

(1) Sess. XIII, de *Euchar.* c. VIII.

»les que las oyen comulgaran, no solo espiritualmente, sino
 »también recibiendo sacramentalmente la Eucaristía, á fin de
 »que participaran con mayor abundancia del fruto de este
 »santísimo sacrificio» (1).

Es en verdad abundante manantial de salud, no sólo para cada uno sino también para todos los hombres, el que se contiene en este augustísimo Misterio, en cuanto es sacrificio; por cuyo motivo la Iglesia lo ofrece asiduamente *por la salud de todo el mundo*. Por lo cual importa mucho que todos los buenos se congreguen para ampliar la devoción y el culto de dicho sacrificio, cosa que en nuestros días es de todo punto necesaria. Haciéndolo así, veremos que sus múltiples virtudes son más largamente conocidas y meditadas con mayor atención.

Son principios evidentes aun para la sola luz natural, que Dios criador y conservador tiene un supremo y absoluto dominio sobre los hombres tanto en privado como en público; que cuanto somos y tenemos de bueno, así en privado como en público, todo nos viene de la divina bondad; y que por consiguiente debemos suma reverencia á Dios, como Señor, y máxima gratitud, como munífico bienhechor. Pero ¿son muchos los que hoy día estiman y cumplen esta obligación como y cuanto deben? Como ninguna otra, nuestra quisquillosa sociedad se levanta contra Dios, y lanza de nuevo contra Cristo aquellas nefandas palabras: *No queremos que Este reine sobre nosotros* (2), y aquél abominable propósito: *Esterminémoslo* (3), y muchos, con grande vehemencia, trabajan por arrojar á Dios no solo del consorcio civil, sino también de humano. Es verdad que no en todas partes se llega á tal exceso de criminal demencia; pero es tristísimo ver el gran número de los que de hecho hacen caso omiso de la divina Majestad y de sus beneficios y especialmente de la salud que les grangeó Jesucristo.

Ahora bien, conviene que esta gran maldad ó negligencia, como quiera llamársela, sea resarcida por medio de un aumento de fervor en la piedad comun hacia el culto del sacrificio Eucarístico; toda vez que nada hay como él, más honroso y más agradable á Dios. Divina es la hostia que se inmola; por lo cual se rinde á la augusta Trinidad tanto honor, cuanto exige la inmensa dignidad de ésta. Ofrecemos

(1) Conc. Trid. sess. XXII. c. VI.

(2) Luc. XIX. 14.

(3) Ier. XI. 19.

además al Padre un don infinito, tanto por el precio como por la suavidad, ya que el ofrecido es su mismo Hijo unigénito; y así no sólo le rendimos gracias por su benignidad, sino que se la pagamos cumplidamente.

Otro insigne fruto puede y debe sacarse también de tan grande sacrificio. Se oprime el corazón al pensar la muchedumbre de pecados cometidos con la mayor sangre fría, que inunda la sociedad en desprecio de la autoridad de Dios. Gran parte del género humano parece empeñado en atraer sobre su cabeza la celeste ira; y los mismos males, que nos amenazan, muestran bien á las claras que el justo castigo no tardará en venir. Conviene pues, escitar á los fieles á que piadosamente se ejerciten en aplacar la justicia de Dios, y en implorar los oportunos auxilios para las calamidades del siglo. Y entiéndase bien; todas estas cosas hay que ir principalmente á buscarlas en este sacrificio; porque el satisfacer abundantemente á la justicia de Dios, y el alcanzar largamente los dones de su clemencia, en manera alguna pueden hacerlo los hombres, sino en virtud de la muerte padecida por Jesucristo. Y esta virtud, bien sea de expiación, bien sea de impetración, quiso Cristo que toda entera quedase en la Eucaristía; la cual no es mera y nuda memoria de su muerte, sino que es una verdadera y admirable renovación, bien que incruenta y mística.

Por lo demás, mucho Nos alegra, y así lo confesamos de buen grado, ver que en estos últimos años se observa en los fieles cierto reverdecimiento en el amor y obsequio hácia el Sacramento Eucarístico; por lo cual auguramos y tenemos esperanza de que mejorarán los tiempos y las circunstancias. En realidad, muchas y varias cosas de esta índole, como hemos dicho en el principio, han sido introducidas por la próspera piedad, especialmente Hermandades, bien para aumentar el esplendor del culto eucarístico, bien para la adoración perpétua del augustísimo Sacramento, bien para resarcir las injurias y contumelias que se le hacen. No debemos, empero, reducirnos á esto sólo ni Nos, ni vosotros, venerables Hermanos, que harto más queda todavía por promover y emprender, para que este dón, el más divino de los dones, entre los mismos que cumplen los deberes de la Religión cristiana sea puesto en aquella luz y en aquel honor que se merece, y un misterio tan grande, sea venerado lo más dignamente que quepa. De aquí que las obras ya en curso tengan que llevarse adelante siempre; restablecer el vigor de las antiguas instituciones, si es que en algunos

puntos han caído en desuso, tales como las Hermandades Eucarísticas, la Oración de las Cuarenta Horas, las procesiones, las visitas al divino tabernáculo y otras semejantes prácticas santas y salubérrimas; y además ha de emprenderse todo aquello que la prudencia y la piedad sugieran á este propósito. Pero principalmente conviene trabajar en que reflorezca en todas las partes del orbe católico la frecuentación de la sagrada Mesa.

Esto nos están diciendo los ya citados ejemplos de la Iglesia naciente; esto los decretos de los Concilios; esto la autoridad de los Padres y de los Santos de todos los siglos; porque si el cuerpo necesita del alimento que le es propio, también el alma necesita del suyo; y el alimento más vital se lo ofrece el Sacramento Eucarístico. De ahí que importe desde luego desvanecer ciertos prejuicios de los contrarios, cierto vano temor de muchos, ciertos pretextos de absterse de comulgar, teniendo en cuenta que se trata de cosa que no hay ninguna más ventajosa á los fieles, bien para redimir el tiempo perdido en excesivos cuidados terrenos bien para despertar el espíritu cristiano y mantenerlo inalterable. Mucho ayudarán para obtener este resultado las exhortaciones y los ejemplos de las clases elevadas, y sobre todo la solicitud é industria del clero. Consideren los sacerdotes á quienes Cristo Redentor confió el oficio de celebrar y dispensar los Misterios de su Cuerpo y Sangre, que de ninguna manera pueden manifestarle mejor su agradecimiento por la suma honra recibida, como promoviendo con todo esmero é ingenio la gloria que recibe la Eucaristía é invitando y conduciendo, según los deseos de su Corazón sacratísimo, todas las almas á las salutíferas fuentes de tan insigne Sacramento y Sacrificio.

De esta manera se conseguirá lo que con tantas ansias apetecemos; es decir, que los excelentes frutos de la Eucaristía se perciban de día en día siempre más abundantes, mediante el feliz aumento de la fe, de la esperanza, de la caridad y de toda cristiana virtud; lo que redundará por otra parte en salud y ventaja de los asuntos públicos, y seguidamente aparecerán más claros los consejos de la providentísima caridad del Señor, que tal misterio estableció por siempre *para la vida del mundo*.

Con esta esperanza, Venerables Hermanos, en prenda de los divinos dones y en testimonio de Nuestra caridad, á todos vosotros, á vuestro clero y al pueblo, amorosamente damos la Apostólica bendición.

Dado en Roma junto á S. Pedro, á veintiocho de Mayo, vigilia del *Corpus Domini* del año 1902 y de Nuestro Pontificado el XXV.

LEON PAPA XIII.

Felicitaciones á nuestro Excmo. Prelado.

No siendo posible á nuestro Excmo. Prelado contestar, como fueran sus deseos, á todas y cada una de las felicitaciones, que así de dentro como fuera de la Diócesis ha recibido con motivo de su cumpleaños, S. E. I. envía por conducto de este BOLETIN ECLESIASTICO el testimonio de su cordial gratitud á cuantas personas le han felicitado.

Badajoz 13 de Septiembre de 1902.

MARIANO ZABALA,

Secretario.

Peregrinación á Roma.

A la invitación que ha dirigido á todos los católicos españoles la Junta Diocesana de Barcelona de la Peregrinación á Roma, que se está organizando para el próximo mes de Octubre, han respondido, como no podía ser menos, los fieles de este Obispado.

En efecto, tenemos la satisfacción de asegurar que la Diócesis de Badajoz estará dignamente representada en tan grandiosa manifestación de amor, adhesión y respeto al Soberano Pontífice.

EXPOSICION DIOCESANA.

OBJETOS RECIBIDOS PARA LAS IGLESIAS POBRES DE ESTE OBISPADO.

(Continuación).

BADAJOS.—D.^a Luisa Quilo de Herrero: Dos candeleros de bronce dorado.

BADAJOS.—Srtas. D.^a Paulina y D.^a Eulalia Crespo y señora madre: Un *Via-crucis* de cuadros con marco y cristal.

BADAJOS.—Srta. D.^a Blanca Agudo: Un purificador bordado y con encaje.

ALMENDRALEJO.—D.^a María Luisa Vázquez Palomos: Un juego de corporales y dos purificadores con encaje.

ALMENDRALEJO.—D.^a Guadalupe del Barco Hidalgo: Seis purificadores bordados y con encaje.

MONTIJO.—D.^a Joaquina Bootello y Rico de Mendoza é hijas: Seis juegos de corporales; seis purificadores; seis palias; seis hijuelas; seis paños de lavabo; un amito y dos paños de altar con encaje.

ALCUESCAR.—Srta. D.^a Juana Pavón: Un roquete rizado con encaje y fiador de seda.

ALCUESCAR.—Srta. D.^a Dominica Huertas: Un juego de corporales con encaje; seis purificadores con encaje y una palia é hijuela bordadas en oro.

ALBURQUERQUE.—Niñas del Colegio de las Siervas de San José: Un roquete rizado con fiador de seda y encaje.

ACEUCHAL.—Tres señoras piadosas: Dos cubrecopones de raso bordados en sedas.

ALMENDRALEJO.—Sras. D.^a Luisa y D.^a Regina García Gil y Dópido: Un roquete de holanda con encaje y fiador.

ALMENDRALEJO.—Comunidad de Religiosas: Un juego de corporales con encaje y dos purificadores.

SALVALEÓN.—D.^a Antonia Romo y Marín: Una bandeja de plata Meneses para la Sagrada Comunión y tres palmatorias.

(Continuará.)

SENTENCIA INTERESANTE

Como nos consta que son varias las Asociaciones religiosas ó Hermandades de Madrid que han recibido requerimiento del Gobierno civil para que, conforme á los decretos sobre Asociaciones, presenten sus balances de cuentas con los correspondientes timbres y demás requisitos, con apercibimiento de incurrir en multa en caso contrario, creemos oportuno refrescar aquí una sentencia, dictada en 25 de Enero de 1897 (si nuestros apuntes no fallan) por el Tribunal de lo Contencioso

La Administración pública creyó que la Congregación de San Felipe Neri, de Madrid, se hallaba sujeta á las disposiciones que sobre el protectorado comprende la vigente instrucción de 27 de Abril de 1875, y la impuso el deber de dar cuenta de los bienes que hubiese poseído y hoy tenga,

formar presupuestos anuales y justificar la inversión de sus fondos; la Congregación consideró injusta tal medida, y ha seguido pleito, que el Tribunal de lo Contencioso ha resuelto, declarando:

Que no se hallan sujetas á aquellas obligaciones las Congregaciones ó Asociaciones que, teniendo un fin esencialmente religioso, hubieran sido creadas y reglamentadas por libre voluntad de los mismos asociados, y sosteniéndose con las limosnas que éstos recogen y el producto de sus bienes no amortizados tienen por objeto la santificación y perfección de los individuos, que las componen, por medios de actos de caridad y socorros á los menesterosos.

Que en estos casos la misión del protectorado se limita á velar, caso necesario, por la higiene y la moral pública, sin derecho alguno á investigar los fondos ni exigir la justificación de su empleo, el cual queda á la fe y conciencia de los asociados, á quienes ha de ser imposible formar presupuestos, por la eventualidad de las limosnas que reciben, ni su inversión, por el modo y forma con que se hace.

La sentencia del Tribunal de lo Contencioso fué justísima y conviene que la tengan presente, para defender sus derechos, las numerosas Asociaciones y Congregaciones religiosas que ha creado la inagotable caridad de los que verdaderamente aman á nuestro Señor, y que, gracias á Dios, abundan así en Madrid como en provincias.

Por informes posteriores hemos averiguado que la Congregación de San Felipe Neri de esta corte ha alegado con éxito esta sentencia para esquivar las fiscalizaciones de los agentes civiles.

(Del *Iris de Paz*.)

Necrología.

El día 30 del pasado Agosto falleció en el Convento de Carmelitas de Fuente de Cantos, la Religiosa Sor Ana María de la Presentación, á los 65 años de edad y 49 de profesión religiosa.

Recibió los auxilios espirituales, que permitió su rápida enfermedad.

R. I. P.
